

# Escrito sobre la hojarasca, el objeto y el duelo

---

MARIO BERNARDO FIGUEROA M.

## PRESENTACIÓN

**E**n un recorrido por las novelas más familiares de los colombianos hemos ubicado los tesoros que funcionan como señuelo del objeto y que operan como causa aparente tanto de las aventuras de sus héroes como de la violencia más descarnada en las sociedades y los momentos en que se inscriben. Al tiempo, hemos señalado los objetos pulsionales que éstos encubren. Este escrito continúa esa serie. Siguiendo las líneas de *La hojarasca* de Gabriel García Márquez y permitiéndome la interlocución con uno de sus personajes, busco subrayar los elementos que, desde los duelos encadenados y postergados, juegan un papel tanto en la historia de un sujeto como en la de una comunidad, convocados por un objeto.

*“La caridad es una energía creadora que se expande y se comunica a los otros, pero sólo ahora comprendía que hay obstáculos que la detienen y la paran como una selva de hojarasca.”*

EDUARDO CABALLERO CALDERÓN, *El Cristo de espaldas*

•- *“Por primera vez he visto un cadáver”<sup>1</sup>. “Ahora es distinto, ahora he visto una cadáver y me basta con cerrar los ojos para seguir viéndolo adentro, en la oscuridad de los ojos”<sup>2</sup>. “[...] he pasado frente al espejo de la sala y me he visto de cuerpo entero, vestido de verde y con este lazo almidonado que me aprieta a un lado del cuello. Me he visto en la redonda luna manchada y he pensado: «Ése soy yo, como si hoy fuera domingo»”<sup>3</sup>.*

<sup>1</sup> GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *La hojarasca* (1955), Bogotá, Editorial Norma, 2000, pág. 15.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 79.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 15.

◆- ¿Has pasado por el horror de ese reconocimiento? ¿Has pasado por el horror de reconocerte como muerto o de reconocer algo de la muerte en ti? ¿Has visto al muerto y te has mirado en el espejo o te miraste en el espejo y viste un muerto bajo el terrible enunciado “Ése soy yo”? ¿El muerto ahora eres tú, o él se ha quedado en ti dentro de la oscuridad de tus ojos? ¿Te has enfrentado a un fatídico Eso soy yo?

•- *“De la mano de mamá, siguiendo a mi abuelo que tantea con el bastón a cada paso para no tropezar con las cosas (no ve bien en la penumbra, y cojea) he pasado frente al espejo de la sala y me he visto...”<sup>4</sup>.*

◆- O sea que el “Ése soy yo”, ese hallazgo de la muerte que implicó este encuentro te ha surgido al enfrentarte con el muerto-espejo; pero justo allí, en esa fila: tú de la mano de tu madre (¿no te ha soltado aún?) y ella detrás de tu abuelo, un abuelo que cojea. La cojera del padre de tu mamá también va con ustedes. Algo del padre cojea en la procesión que precedió a ese encuentro en el que te confrontaste con la muerte, procesión que realmente comenzó hace mucho más de lo que imaginas. Por eso la distancia entre el muerto y tú se ha reducido, por eso ahora descubres que lo llevas dentro.

•- *“Veo que [los muertos] tienen la lengua mordida a un lado”<sup>5</sup>, “y me he visto con este blanco lazo almidonado que me aprieta a un lado del cuello”<sup>6</sup>.*

◆- Y en este encuentro repetiste el juego de miradas que, como todo bebé, realizaste hace tiempo: en ese entonces miraste al espejo y luego dirigiste la vista a tu mamá, que te sostenía, buscaste su mirada de asentimiento, de reconocimiento, movimiento necesario para que se lograra un “Ése soy yo”. Pero ahora, cuando miraste a tu mamá ¿qué pasó?

• - *“Mamá también se ha vestido como si fuera domingo. Se ha puesto el antiguo sombrero de paja que le cubre las orejas, y un vestido negro cerrado arriba, con mangas hasta los puños, como hoy es miércoles la veo lejana, desconocida”<sup>7</sup>...*

◆- Entonces hay algo desconocido en tu mamá, distante...

•- *“Volví la cara a donde se movió mi abuelo cuando se declaró impotente para abrir la ventana y sólo entonces vi que había alguien en la cama”<sup>8</sup>.*

◆- De nuevo aparece la cojera del abuelo, su declaración de impotencia, y allí, ante ese desamparo, ves al muerto; pero otra vez, al mirar este cuerpo vuelves a mirar a tu madre, tal vez buscando una respuesta....

•- *“Entonces hice girar la cabeza hacia el lado de mamá que permanecía lejana y seria, mirando hacia otro lugar de la habitación”<sup>9</sup>.*

◆- Es decir que cuando miras a tu mamá luego de ver ese cuerpo tendido, no la encuentras, sólo hallas su ausencia.



<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 15.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 16.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 15.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 16.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 18.



•- *“Y cuando miré hacia la cama, ya no lo vi como antes. Ya no lo vi acostado sino muerto”<sup>10</sup>.*

◆- *¿Y?*

•- *“Desde entonces, por mucho que me esfuerce por no mirarlo siento como si alguien me sujetara la cara hacia ese lado. Y aunque haga esfuerzos por mirar hacia otros lugares de la habitación, lo veo de todos modos, en cualquier parte, con los ojos desorbitados y la cara verde y muerta en la oscuridad”<sup>11</sup>.*

◆- Descubres al muerto que se roba tu mirada justo en ese movimiento de la vista que diriges del espejo a tu mamá, en la que no encontraste sino algo desconocido...

•- *“Lo miro fijamente, lo examino”<sup>12</sup>.*

◆- *¿Y entonces...?*

•- *“Vuelvo a mirar a mi madre. Ella por primera vez desde cuando vinimos a la casa, me mira y sonrío con una sonrisa forzada, sin nada por dentro”<sup>13</sup>...*

◆- O sea que cuando lo intentas de nuevo y al fin te mira, no encuentras nada, está vacía, no encuentras el reconocimiento del Otro, indispensable para lograr un “Ése soy yo” que no te identifique con un muerto. De seguro ella también notó ese vacío porque pensó cuando la buscabas con tu mirada: “Varias veces me ha mirado y yo sé que me ha visto extraña, desconocida, con este traje cerrado y este sombrero antiguo que me he puesto, para no ser identificada ni siquiera por mis propios presentimientos”<sup>14</sup>. Ella misma tiene ahora dificultades con su propia identificación. Debes saber que hubo un importante encuentro que a su turno tuvo tu mamá con el espejo hace varios años, justamente la noche anterior a su boda: se puso el vestido de novia, se miró al espejo y... ¿adivina qué se dijo?... “Ésa soy yo, Isabel. Estoy vestida de novia para casarme por la madrugada”<sup>15</sup>. Como ves, así como tú enunciaste un “Ése soy yo”, ella se había visto forzada a hacer lo propio en ese momento de su vida; tuvo que hacerlo porque también para ella ese encuentro con el espejo, la víspera de su matrimonio, implicó el encuentro con la muerte.

Se sentía entonces como hoy, desconocida para sí misma; recordó que su madre, tu abuela, murió después del alumbramiento y la amortajaron con el vestido de novia. Por eso en ese instante el espejo le mostraba los huesos de la madre cubiertos con un traje nupcial, y esto es lo que recuerda ahora mismo, frente al cadáver del misterioso doctor que tu abuelo trata de sepultar. Recuerda así ese episodio: “Yo estaba afuera del espejo. Adentro estaba mi madre, viva otra vez, mirándome, extendiendo los brazos desde su espacio helado, tratando de tocar la muerte que prendía los primeros alfileres de mi corona de novia. Y detrás, en el centro de la alcoba, mi padre serio,

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>11</sup> *Ibid.*, págs. 18-19.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 20.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 20.

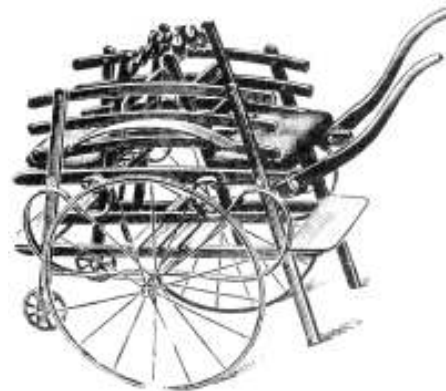
<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 106.

perplejo: «Ahora está exacta a ella, con ese traje»<sup>16</sup>. ¡Fíjate cómo trabaja la repetición! Así como luego de verte en el espejo, para concluir con el “Ése soy yo” volviste la mirada a tu mamá encontrando, no el reconocimiento, sino el vacío, así mismo tu mamá en esa ocasión volvió la mirada a su padre y, en lugar del reconocimiento, lo que encontró en la mirada y la voz de éste fue ese «ahora está exacta a ella». No la reconoció sino que vio en ella a la esposa muerta, no le dio el lugar de la hija que se va a casar, continuando la serie del parentesco, sino que le asignó el lugar de la esposa fallecida, un lugar incestuoso entonces, amarrándola así, no sólo a él, sino también a la madre; lo corrobora el recuerdo textual de tu mamá que dice que por esos días “[...] yo había deseado a mi madre [...]”<sup>17</sup>. Vas viendo entonces que el cadáver ante el que te encuentras trae a cuevas otros que se actualizan en él, y el rumor ensordecedor del incesto.

La misma noche en que tu mamá se probó el vestido de novia recibió una carta de tu papá en la que es muy difícil encontrar algo de amor, porque lo que le decía era que no podía llegar esa noche, que se confesaría temprano antes de la boda y que le comunicara a su papá algo referente a un acuerdo pactado entre los dos. Parecía más una nota para tu abuelo que para tu mamá, como si el amor y el matrimonio fueran secundarios para tu padre y esos negocios que tenía con tu abuelo ocuparan toda su atención. Tu mamá siempre se preguntó por el objeto de ellos, sentía que tu papá era más amigo y cercano a tu abuelo que a ella misma. De hecho creo que el misterioso negocio que los dos se traían entre manos era ese matrimonio, arreglado según la versión del padre de tu mamá (que la veía a ella como a su difunta esposa). Eran los negocios del padre.

A propósito, creo que te estarás preguntando qué pasaba con tu papá; te lo digo porque aunque no has sido explícito en esto, aquí frente al cadáver has pensado varias veces en tu amigo Abraham, y no es intrascendente que el nombre de tu mejor amigo sea el del padre de las tres religiones, y que además de distribuir tus recuerdos, en esta media hora, entre los paseos con él y el amor que le tienes, se te ocurrió que los dos cabrían en ese baúl que hay en el cuarto del muerto. ¿Por qué precisamente en el baúl de este muerto, que también figura al ataúd allí presente? Recuerda que a tu abuelo siempre le ha parecido enigmático el baúl que cargaba el doctor porque sólo traía en su gran espacio una libreta, unas pocas prendas de ropa y una caja de dientes que no era de él (tenía completa su dentadura). Debía ser de otro muerto; pero se asocia con otro baúl: aquel en que tu abuelo, cuando llegaron a Macondo, como tantos, desplazados por la violencia, traía los utensilios y la ropa de los antepasados de tus abuelos: ellos eran primos entre sí y tal vez por eso, por el carácter incestuoso de esa unión, no ha podido desprenderse de ese baúl; aún lo conserva. Habría que sumar esos muertos a los que te decía que actualiza éste que intentan enterrar. Pero si en la media hora que



<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 107.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 43.



narra esta novela no te preguntas por tu padre, creo que esa búsqueda está presente en la importancia que tiene para ti Abraham.

- *“Sólo él entiende mis palabras”*<sup>18</sup>.

- ◆- Seguramente sí, tal vez sólo en él encuentras una escucha porque a tu mamá le pareces abstracto, insubstancial, casi incorpóreo, características que también veía en tu padre, rasgo de identificación con él y que se afianza en su desaparición al poco tiempo de tu nacimiento. Es una encrucijada compleja la tuya, porque el rasgo de identificación con tu padre está cifrado justamente en la desaparición o en esa consistencia etérea. Hay cierta imposibilidad en una identificación propuesta sobre rasgos que convocan a la nada. La desaparición de tu papá también se pone ahora de presente cuando te confrontas al espejo y a este cadáver con los muertos que conlleva. La identificación enunciada en el *“Ése soy yo”* liga a ella los recuerdos de Abraham que te han surgido durante este encierro con el cadáver. Ellos tienen que ver con tu identidad sexual, con el amor homosexual a Abraham, con los cuerpos desnudos de tus compañeros y con esa navaja que te regalaron y no quieres soltar, navaja que señalaría la castración. También giran en torno a esa mirada, ya no la del muerto, sino la no menos aterradora del ojo de Lucrecia que salta de su órbita mientras exhibe su sexo en esos encuentros entre eróticos y mortíferos que tienen con ella cuando van a molestarla con Abraham.

La muerte también estuvo presente cuando se conocieron tus padres: fue en un velorio, precisamente el de un niño que lucía tan abstracto en el ataúd como ahora te le antojas a tu mamá. Fíjate: el niño muerto estuvo desde el comienzo de su relación. Por todo esto, ella siente que el traerte a este entierro fue comprometerte en una *“confabulación”*<sup>19</sup>, y sabe que lo hizo para protegerse, que te utiliza para defenderse, así como tu abuelo la obligó a venir para protegerse él mismo. Al final de la cadena tú ocupas entonces el lugar del objeto. Pero la confabulación no es tanto el traerte acá, sino el lugar que te han dado en la cadena de los duelos sin resolver: los antepasados, tu abuela, la desaparición de tu papá y la de Meme,<sup>20</sup> hasta llegar a este desesperado intento de tu abuelo por ejecutar este sepelio. A ver si éste sí queda bien enterrado, y con él, los que arrastra. Por eso tu mamá siente que tú, aquí sentado ante el cadáver, esperas que alguien te *“descifre este espantoso acertijo”*<sup>21</sup> y desea con todas sus fuerzas que nadie lo haga, que no puedas ni oler la verdad.

- *“En la habitación donde han puesto el cadáver huele a baúles [...] hay un olor a desperdicios. Y creo que las cosas arruinadas y casi deshechas que nos rodean tienen el aspecto de las cosas que deben oler a desperdicios aunque realmente tengan otro olor”*<sup>22</sup>.

- ◆- Mira qué interesante: el olor, primera experiencia que te atropelló al entrar al cuarto del muerto, es la misma atmósfera con la que el narrador inundó el prólogo de

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 64.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 23.

<sup>20</sup> Del hijo que esperaba Meme tampoco se supo nada. Recordemos entonces que en *Cien años de soledad* Meme es la madre de ese niño desaparecido por la abuela Fernanda del Carpio, quien decepcionada por la unión sin matrimonio de su hija Meme con el bastardo Mauricio Babilonia la lleva embarazada a un convento en Bogotá y nunca vuelve a saber nada de esta hija; sólo le llega a los meses el bebé que decide ocultar en el taller del coronel Aureliano. Allí, este pequeño sin apellido ni existencia para los otros, aprende a leer y es a él, a este refundido Buendía condenado a la inexistencia, a quien le corresponderá realizar la doble tarea del incesto y del desciframiento de los pergaminos.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 23.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 15.

la novela haciendo sentir al lector qué diablos es eso de la hojarasca: “desperdicios humanos”, “rastros de una guerra civil”, “olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte”, “desperdicios de mujeres solas y de hombres”, “hojarasca humana”<sup>23</sup> ....

•- *“El calor me golpeó el rostro desde el primer momento y sentí este olor a desperdicios que era sólido y permanente al principio y que ahora, como el calor llega en ondas espaciadas y desaparece”*<sup>24</sup>.

- ¡El olor es muy importante para ti!

•- *“Si me vendaran los ojos, si me cogieran la mano y me dieran veinte vueltas por el pueblo y me volvieran a traer a este cuarto, lo reconocería por el olor. No olvidaré nunca que esta pieza huele a desperdicios”*<sup>25</sup>.

◆- De nuevo el olor y los desperdicios.

•- *“No hay en la casa un olor que yo no reconozca. Cuando me dejan solo en el corredor, cierro los ojos, estiro los brazos y camino”*<sup>26</sup>.

◆- Parece que el olor es lo que te orienta en la vida, como si fuera tu objeto.

• - *“El año pasado Ada me había sentado en sus piernas. Yo tenía los ojos cerrados y la veía a través de las pestañas. La veía oscura, como si no fuera una mujer sino apenas un rostro que me miraba y se mecía y balaba como la oveja. Estaba quedándose verdaderamente dormido cuando sentí el olor”*<sup>27</sup>.

◆- ¿El olor a mujer de tu Ada?

•- *“Abrí los ojos, olfateando el aire grueso y cargado”*<sup>28</sup>.

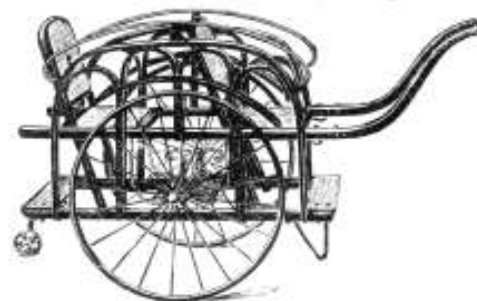
◆- ¿Grueso y cargado?

•- *“Tengo ganas de ir allá atrás”*<sup>29</sup>.

◆- Tu abuelo no te lo permite, le ha dicho a tu mamá: “«Pues sepa que ahora es imposible»”<sup>30</sup>.

• - *“Abrí los ojos, olfateando el aire grueso y cargado. Dije: «¿Lo sientes?» Ada estaba mirándome, pero cuando le hablé cerró los ojos y miró hacia el otro lado. Yo volví a decirle: «¿Lo sientes? Parece como si hubiera jazmines en alguna parte [...] Pero ahora no hay jazmines», dije. Y ella dijo: «Ahora no. Pero hace nueve años, cuando tú naciste, había una mata de jazmines contra la pared del patio. De noche hacía calor y olía lo mismo que ahora”*<sup>31</sup>.

◆- Si, es importante que conozcas completa la historia de cómo te amarraste a ese olor y desde él, a los olores: tal como lo recuerda tu abuelo, al nacer tu mamá y morir tu abuela, él ordenó sembrar allí un jazminero en honor a la difunta, y cuando en las noches se esparcía su tibio olor, lo sentía como una “prolongación” de la muerta<sup>32</sup>.



<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 11.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 17.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 76.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 76.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 76.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 76.

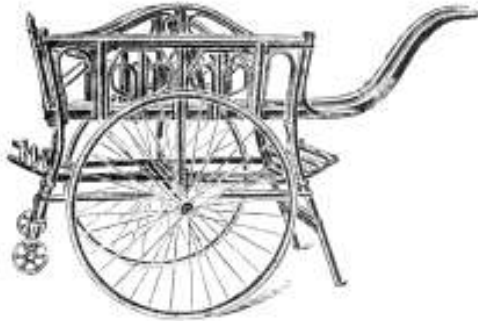
<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 28.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 28.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 78.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pág. 112.

Por otro lado, el día en que se conocieron tus padres, según el recuerdo de tu mamá, “febrero [les] mandaba tibias bocanadas de su muerte y en el cuarto flotaba el vaho de los jazmines y las violetas tostadas por el calor”<sup>33</sup>. ¿Ves? ¡También aquí los jazmines! Esa noche, extasiada ante los galanteos y la voz de tu padre, ella recuerda que “saboreaba” su nombre, lo examinaba, lo descomponía en sus sonidos, lo despojaba de “toda significación”<sup>34</sup> para simplemente repetir “«martín, martín, martín»”<sup>35</sup>. Conviene reparar en el hecho de que aquí el escritor elimina las mayúsculas en el nombre de tu padre, para resaltar que para tu mamá en ese momento se trataba de puro sonido, de pura voz y letras, y no podemos dejar de escuchar la homofonía con jazmín, jazmín, jazmín, y aguzando aún más el oído, la resonancia allí del JA y el AS de la hojarasca: MARTÍN-HOJARASCA-JAZMÍN.



¿Ves ahora cómo se escribieron las letras que bordean tu objeto y de qué manera está unido o confluye con el objeto del pueblo? Porque es indudable que la hojarasca es el pueblo y su objeto. Es el sujeto y también su objeto; el sujeto y el ser del sujeto, su falta de ser; aquello que envuelve el tesoro tras del que venía la compañía bananera, la cáscara reluciente del banano una vez el fruto se ha extraído y su brillo se ha marchitado. Por eso llegó al pueblo con todo su esplendor, pero algunos (el doctor el primero en enunciarlo) ya sabían que éste no era sino de muerte, que la apariencia del progreso, abundancia y derroche, no tenía otra consistencia que la de los residuos, que el deslumbramiento que producía no se iluminaba sino con los rastros de una guerra y los restos de hombres y mujeres, todo lo cual dejaba en el aire ese asfixiante “olor multitudinario”<sup>36</sup>. Es también lo que el pueblo ya ha perdido y se resiste a admitir. La hojarasca ha perdido su hojarasca y se niega a hacer su duelo, rehúsa sepultar su cadáver.

•- “No sé porqué no ha venido nadie al entierro”<sup>37</sup>.

◆- Pero ¿cómo lo convocarían? ¿Cómo convocar al entierro de alguien que no tiene nombre? ¿Qué inscripción poner en la lápida? El entierro de un N.N. no logra el estatus del rito funerario. Recuerda que ni tu abuelo conocía su nombre, así como los lectores tampoco conocimos el tuyo; esta coincidencia también te liga al cadáver del doctor. No ha venido nadie al entierro porque el cuerpo de este hombre, más allá de acarrear los muertos de tu historia familiar, condensa los despojos de la hojarasca, lo que ella trajo y se llevó, la ruina del pueblo luego del efímero esplendor y sobre todo, los cuerpos que quedaron en esa fosa común el día de la masacre en que el doctor se negó a dar atención a algunos de los heridos. El pueblo lo tomó como chivo expiatorio. Querían cobrarle a él el fulgor perdido y los asesinatos de ahora. Tampoco le perdonaban, además de su indolencia, el haberse juntado en concubinato con una indígena y permitirle a ella la ilusión de hacerse señora. Por todo esto obstaculizan su entierro,

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 89.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 89.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pág. 89.

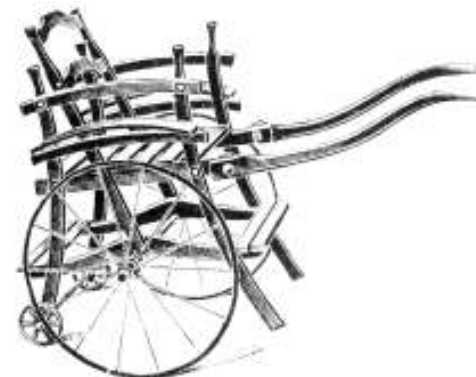
<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 11.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 19.

pero fundamentalmente porque en este cuerpo se materializa la hojarasca y quieren, como bien lo ha notado tu madre, extraer un intenso goce de este muerto, goce largamente aplazado mientras se repetían a diario: “«Tarde o temprano almorzaremos con este olor»”<sup>38</sup>. Para el pueblo, el olor (manifestación del objeto anal), un objeto tan perdido y tan presente como tal vez no pueda manifestarlo sino la fetidez, señala el objeto en juego, de la misma manera que lo es para ti; por eso tu madre teme que al salir tras el cadáver, las gentes los bañen con los excrementos que han acumulado<sup>39</sup>, devolviéndoles así parte de eso de lo que quieren gozar y tu abuelo les arrebató. A pesar de su cojera y sus tropezones, se opone a este goce y priva de él al pueblo. Hay que entender la suya como una posición ética en favor de realizar todos los duelos que aquí confluyen. De ahí que se empecine en culminar el sepelio; no es sólo por la palabra que empeñó con el doctor en agradecimiento por haberlo curado, ni por la recomendación que aquél traía del coronel Aureliano Buendía, es para poner fin a esas repeticiones. Sabe que se opone al cura, al alcalde y al pueblo entero que ha esperado años para solazarse con la fetidez de este cadáver que no quieren soltar, dándole un tratamiento oral a este objeto anal: quieren almorzar con la hediondez del cadáver; por eso tu abuelo repite que, en esa espera gozosa en que está el pueblo, “en muchas casas se quemará el arroz y se derramará la leche”<sup>40</sup>; por eso en el prólogo de la novela se nos dice que cuando llegó la hojarasca al pueblo lo único que pudieron hacer fue “poner el plato con el tenedor y el cuchillo detrás de la puerta”<sup>41</sup> y sentarse a esperar; por eso lo que el doctor come es lo que comen los burros: hierba, desperdicios, hojarasca; por eso la hojarasca se los traga, los campos fueron “estragados por la compañía bananera”<sup>42</sup> pero al mismo tiempo, como lo dice tu abuelo, el de Macondo es un “exprimido, estragado grupo de hombres”<sup>43</sup>. Son tragados y estragados por la hojarasca, los dos movimientos de la pulsión.

El relato en el que te encuentras muestra cómo se enlazan los duelos de cada uno de los sujetos y el duelo de todo un pueblo alrededor de un mismo objeto. No es sólo que el cadáver sea uno, es que el objeto que en él se hace real guarda relaciones que están tejidas por las mismas letras.

En el duelo, ante la ausencia de una palabra o de algo que venga a llenar ese lugar de la muerte, el rito fúnebre convoca allí masivamente al orden simbólico que está soportado por el grupo y la comunidad<sup>44</sup>. En tu pueblo, paradójicamente, la comunidad tiene problemas para servir de soporte de este orden simbólico. Al contrario, no admite ser privada del goce y por lo tanto se opone al rito. No opera como medio de transmisión y producción del orden simbólico sino como sujeto aferrado a su objeto. El tema de Antígona resuena en toda esta novela, al punto que no hubiera sido necesario



<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 26.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 26.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pág. 79.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pág. 12.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pág. 145.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 145. Este manejo oral del objeto anal definitivamente está muy presente en Macondo; recuérdese, en *El coronel no tiene quien le escriba*, la respuesta del coronel ante la insistente pregunta de su esposa: “Y mientras tanto qué comemos”.

<sup>44</sup> Ver sobre este tema Jacques Lacan, *El deseo y su interpretación*, versión dactilografiada, clase del 22 de abril de 1959.



que el escritor dejara constancia en el epígrafe. Sin embargo, hay aquí al menos una importante variación: mientras en aquélla es Creonte el que impide el rito funerario, aquí es el pueblo el que toma el lugar del tirano, se tiraniza por la fetidez del goce y los humores de la venganza. Si se ha planteado el soporte que el conjunto social presta para esta realización simbólica del duelo, poco o nada se ha dicho sobre el movimiento inverso: cómo los duelos pendientes afectan el soporte simbólico de un grupo.

Aquí La Hojarasca que no suelta esta sociedad macondiana es “el rastrojo de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil”<sup>45</sup>, el de los motivos del desplazamiento por la violencia que le dio origen al pueblo, el de un bienestar supuesto y efímero traído y llevado por la compañía bananera, el de la última masacre; ésos eran los duelos de Macondo, pero, ¿cómo lo han afectado?

En este contexto y cada uno a su manera, tu abuelo, su esposa Adelaida, tu mamá y tú, inscriben en el relato sus propios duelos pendientes, y su articulación con los respectivos objetos que los animan<sup>46</sup>.

• - *“En este instante siento verdaderamente el temblor en el vientre. «Ahora sí tengo ganas de ir allá atrás» [...] pero veo que ahora es demasiado tarde [...] el ataúd queda flotando en la claridad como si llevaran a sepultar un navío muerto. [...] «Ahora sentirán el olor. Ahora todos los alcaravanes se pondrán a cantar»”<sup>47</sup>.*



<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 11.

<sup>46</sup> Como esa pequeña bailarina de cuerda, chuchería que queda pendiente entre Adelaida y el doctor, como el “objetico” de ese duelo postergado en Adelaida, traído al presente, según parece, por el parecido que del objeto encontró en el doctor y que suscitó su reacción de arrobamiento.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pág. 157. Los personajes de García Márquez tendrán que esperar dos novelas más para que al fin, en la última página de *El coronel no tiene quien le escriba*, pueda quedar escrita esa rotunda palabra final: «Mierda».

■ Honoré Daumier 1808-1879

